



## Capítulo 577: Luchad y decid por vosotros mismos

Todavía había polvo fino flotando en el aire, nublando el horizonte carmesí que se extendía más allá del cráter del Abismo. El calor emanaba del suelo como un aliento vivo, distorsionando las sombras, transformándolas en espectros que bailaban entre los escombros.

En el centro de aquel desierto de piedra y fuego, Virgilio permanecía inmóvil, con el Yamato descansando a su lado, incrustado en el suelo. La energía azul de su aura brillaba, tranquila y constante—como la superficie de un lago ante una tormenta que nunca lo alcanza.

Ante él, Ingrid Asmoday respiraba con dificultad. Tenía la espalda arqueada, las alas negras desgarradas y el cuerpo cubierto de grietas oscuras que se movían como si intentara escapar de su piel. Ella todavía luchaba, pero su orgullo pesaba más que su cuerpo.



"Te estás volviendo lento", comentó Vergil, su tono tranquilo, casi educado, empeoró aún más la provocación.

Ingrid gruñó. El sonido sonaba como el de un animal herido. "Ni siquiera he empezado todavía..."

Levantó las manos y las sombras circundantes reaccionaron como un enjambre. El suelo agrietado fue tragado por la oscuridad y columnas de oscuridad se elevaron alrededor de Virgilio. La luz desapareció por un instante—y el campo se volvió completamente negro.

Pero Virgilio no se movió.



En la oscuridad, sus ojos azules se iluminaron, como dos rendijas de luz que atraviesan la noche.

"Manipulación de sombras..." murmuró. "Interesante."

De la oscuridad surgieron docenas de copias de Ingrid, cada una empuñando espadas hechas de puro vacío. Avanzaron simultáneamente, rápidamente, cortando el aire en una sincronía mortal.

Vergil suspiró.

Con un solo movimiento de su mano, el Yamato desapareció del suelo y reapareció en sus garras.

El sonido que siguió fue apenas audible —una nota aguda, el sonido del aire partiéndose.

Las sombras fueron cortadas incluso antes de que pudieran alcanzarlo.

En cuestión de segundos, el campo quedó iluminado una vez más por el aura azul.

Los fragmentos de las copias cayeron al suelo como niebla.

Ingrid, ahora de rodillas, observaba en silencio, con los ojos muy abiertos e incrédula.

Virgilio dio un paso adelante y su presencia hizo temblar el aire.



"Estás repitiendo los mismos errores", dijo, con un tono frío como siempre.  
"Confías demasiado en la forma, no en el propósito."

Apretó los dientes y el orgullo ardía más que sus heridas. "¿Crees que conoces el propósito, medio demonio?"

Virgilio miró hacia el cielo enrojecido. "No lo creo. Yo sé."

La ira estalló dentro de ella. Las sombras respondieron a la sensación de ser vivo. El suelo comenzó a retorcerse y la oscuridad se condensó en tentáculos que se extendían hacia Virgilio.

Lo agarraron, lo envolvieron alrededor del cuerpo y lo arrastraron hacia el cráter.

Ingrid se puso de pie, con el pecho agitado.

"Veamos cuánto hablas cuando el Vacío te traga."

La sombra lo consumió por completo. El suelo vibró y el sonido que siguió fue bajo, casi gutural —como si algo antiguo hubiera despertado.

Pero entonces el mundo se hizo añicos.

Una luz azul atravesó el centro del cráter, cortando la oscuridad como un rayo.



Los tentáculos fueron destrozados y la energía oscura se rompió en fragmentos.

Virgilio reapareció flotando sobre el abismo, con su espada envuelta en pura energía.

Su expresión siguió siendo la misma—tranquila, pero con un curioso brillo en los ojos.

"Interesante", murmuró. "Tus sombras no son sólo ilusiones. Tienen peso. Vida."

Ingrid apretó los puños. "Es el regalo de mi sangre. Asmoday me lo dio."

"Y sin embargo..." Virgilio plantó sus pies en el suelo, mirándola fijamente, "...eres incapaz de usarlo correctamente."

Ingrid sintió que el orgullo hervía en sus venas.

Las sombras detrás de ella comenzaron a elevarse nuevamente, tomando diferentes formas —lobos, serpientes, figuras humanoides con ojos ardientes.

Ella sonrió, mostrando sus colmillos. "Entonces mira con atención, medio demonio."

Los monstruos avanzaron y el suelo se convirtió en un mar de oscuridad. Todo el campo desapareció bajo su influencia. La sombra se expandió y cubrió kilómetros a la redonda.



Vergil levantó lentamente el Yamato.

"¿Realmente quieres ver qué es el poder?"

Dio un solo paso.

La energía azul explotó desde su cuerpo, atravesando el espacio en líneas perfectas.

Los lobos fueron deshechos antes de tocar el suelo. Las serpientes se evaporaron. Las figuras humanas se disolvieron en partículas de luz.

Ingrid miró a su alrededor y la desesperación reemplazó a la furia.

No quedó nada.



Virgilio volvió a estar delante de ella —intacto, sereno.

"La fuerza no es cuántas formas creas", dijo en voz baja. "Es la cantidad de veces que puedes destruir y reconstruir sin perder el control"

Ella intentó atacarlo de nuevo, pero él se movió primero.

El Yamato voló por los aires.

No cortó carne. Cortó sombras.



Su poder se hizo añicos como el cristal. La oscuridad a su alrededor se dispersó en remolinos, revelando una vez más el suelo agrietado y el cielo carmesí.

Ingrid se tambaleó hacia atrás y tosió sangre.

La energía del Vacío que la rodeaba se fragmentó, incapaz de volver a ensamblarse.

Virgilio se acercó lentamente y sin prisas.

"Eres poderoso," admitió con fría sinceridad. "Lo suficientemente poderoso como para enfrentarse a un general del Inframundo. Pero todavía no hay nada que pueda tocarme."



Ella levantó la vista y sus pupilas ardían de odio. "¿Y qué te hace tan especial, Virgilio?"

Se detuvo a unos metros de ella. Su aura azul parpadeaba suavemente.

"No busco destruir el mundo. Sólo quiero entender dónde se rompe."

Por un momento cayó el silencio. Ingrid lo miró fijamente, respirando pesadamente.

A pesar del dolor, había algo nuevo en su mirada—no sólo ira, sino una chispa de respeto.

Ella intentó hablar, pero Vergil giró su rostro hacia el horizonte.



"Tu técnica de sombra... es más refinada de lo que imaginaba." Él la miró. "Si lo perfeccionaras, podrías rivalizar con cualquier noble del infierno."

Ingrid frunció el ceño con sospecha. "¿Me estás felicitando?"

"Estoy haciendo una declaración." Hizo girar el Yamato y lo enfundó con un solo movimiento, mientras el sonido del acero resonaba como un trueno lejano. "Y también hacer una declaración de que todavía eres débil."

El golpe final fue invisible.

El viento pasó y el suelo frente a Vergil se dividió en una línea recta que atravesó todo el cráter.

Ingrid miró hacia abajo— y notó la delgada línea azul que atravesaba su ropa, sin tocar su piel.



Una advertencia.

Vergil volvió a meter las manos en los bolsillos.

"Sé lo que querías."

"¿Y eso qué sería?" ella preguntó, con la voz ronca.

"Para probar tu fuerza." Él la miró de lado. "Y confirma si todavía hay algo en este infierno que pueda entretenerte."



Ingrid se mordió el labio, su orgullo resultó herido y su corazón se aceleró.

Odiaba admitirlo, pero esa mirada —ese gélido desdén— la hizo querer pelear de nuevo.

Virgilio le dio la espalda.

El viento soplaba, llevando consigo el olor metálico de la sangre y el eco del poder.

"Vamos a mi casa," dijo sin mirar atrás. "Lucharás contra mis tres esposas y verás si puedes derrotarlas."

...Tiempos actuales...

El silencio dentro del gran salón de la mansión era casi asfixiante.

Las llamas crepitaban suavemente en la chimenea, proyectando reflejos dorados sobre el mármol negro y las vidrieras teñidas de rojo. La luz bailaba a través de las paredes, como si intentara seguir la colossal presencia de Virgilio, que permanecía sentado en el sillón central.

Estaba relajado, con una pierna cruzada sobre la otra, el brazo apoyado en el respaldo, y esa mirada azul hielo se apoderó de cada una de ellas —Katharina, Ada, Roxanne, Sapphire, Viviane... y, de pie a un lado, con los brazos cruzados y la expresión tensa, Ingrid.

Estaba claro que nadie allí respiraba de forma natural.



Vergil acababa de terminar su historia. La lucha, el abismo, las sombras, el desafío.

Y lo que más llenó el aire no fue su poder— fue el hecho de que había traído a Ingrid a casa, como si fuera lo más normal del mundo.

Katharina, apoyada contra la pared con el brazo lesionado después del entrenamiento, fue la primera en romper el silencio.

"Entonces, para que lo entienda..." arqueó una ceja, el fuego en su cuerpo se reflejó en sus ojos, "...fuiste a jugar al infierno, destruiste medio cráter y trajiste a casa a una mujer. ¿Es eso correcto?"

Virgilio inclinó ligeramente la cabeza y mostró una sonrisa sutil en la comisura de la boca. "Básicamente."

Ada resopló y cruzó las piernas en el sofá. La sangre alrededor de sus dedos todavía vibraba, como si no se hubiera calmado después de su entrenamiento. "'Básicamente,' dice..." ella murmuró. "Todo esto mientras pensábamos que estaba meditando."

Roxanne, siempre más contenida, suspiró y se reclinó en su silla, pero el sutil viento que la rodeaba delataba su incomodidad. "Al menos podrías advertirme antes de traer enemigos a la mansión."

Ingrid, que hasta entonces había permanecido en silencio, replicó inmediatamente:

"No soy enemigo de nadie aquí."



Katharina soltó una breve risa. "¿En serio? Porque la forma en que me has estado mirando desde que entraste grita 'Quiero arrancarte la cabeza.'"

Ingrid dio un paso adelante y las sombras alrededor de sus pies se ondularon ligeramente. "Es difícil respetar a alguien que vive a la sombra de otro."

El aire se movió. La temperatura subió en cuestión de segundos—El fuego de Katharina reaccionó y el aire enrarecido pareció crepitar.

Pero antes de que pudiera decir algo, Vergil habló.

"Suficiente."

La palabra se pronunciaba de forma sencilla, pero el poder que la acompañaba hacía parpadear todas las luces del pasillo.

El fuego en el hogar retrocedió. El viento de Roxanne murió. Incluso las sombras de Ingrid vacilaban.

Zafiro, que había estado observando todo desde el costado de las escaleras, respiró profundamente y cruzó los brazos. Su mirada era calculadora, pero hubo un destello de irritación.

"¿Entonces ella también participará en el torneo?" preguntó, sin apartar la vista de Virgilio.

"No," respondió sin rodeos. "Quiero que ustedes dos peleen y vean quién se va. Uno de ustedes tres, o ella."



Luego se puso de pie y suspiró. "Mientras tanto, voy a ver cómo están mis generales y también voy a inspeccionar el territorio. ¿Puedes encargarte de eso por mí, amor?" preguntó, sonriéndole a Zafiro.

